
Betty Espinosa, Coordinadora

Mundos del trabajo: pluralidad y transformaciones contemporáneas



FLACSO
ECUADOR

Índice

Prólogo
Betty Espinosa

Introducción

Las transformaciones contemporáneas del trabajo.
Nuevas canteras de pensamiento y de acción
Thomas Périlleux

I. TRANSFORMACIONES ESTRUCTURALES PROFUNDAS

El nuevo estatuto del trabajo: ‘financiarización’
de la economía y ‘flexibilización’ del empleo
Robert Cobbaut

La encrucijada del enfoque de derechos:
pensando y haciendo la política pública de otra manera
Ludwig Guendel

La política social posible. Diálogo en Quito.
Rolando Franco

Enfoques sobre formas alternativas de
administración de derechos y personas.
Ramiro Viteri Guerrero

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito – Ecuador
Telf.: (593-2-) 323 8888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ec

ISBN:
Cuidado de la edición: Paulina Torres
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta:
Quito, Ecuador, 2008
1ª. edición: julio 2008

La responsabilidad social del Estado de bienestar:
Los sistemas de pensiones en América Latina
Adela Figueroa Reyes

Situación del sistema de pensiones en
el Ecuador, la perspectiva de la Superintendencia
de Bancos y Seguros
Carmen Corral

II. TRANSFORMACIONES DE LAS COORDENADAS DE LA EXPERIENCIA

La noción de capital humano en el trabajo
y la educación
Miguel Chavarría

Las maestras de educación primaria en México.
Un estudio sobre transacciones objetivas y subjetivas
en la construcción de la identidad profesional
José Luis Torres Franco

A expansão dos bancos privados estrangeiros
para a América Latina e seus impactos na vida de
trabalhadores bancários: estudo de caso sobre
a privatização de um banco público brasileiro
Alcides Fernando Gussi

La experiencia de mujeres asalariadas en Santiago
de Chile: Sentidos del trabajo e identidades de género.
Lorena Godoy y Antonio Stecher

Los significados del trabajo femenino en
el mundo global. Propuesta para un debate desde
el campo de la cultura y las identidades laborales.
Rocío Guadarrama Olivera

Trabajar juntos, vivir en colectivo: condiciones
y destinos de los colectivos de trabajo.
Thomas Périlleux

III. ¿ACTORES COLECTIVOS EN RECOMPOSICIÓN?

El comercio ambulante y su relación con
el sistema político institucional en el Distrito
Federal de México.
Diana Silva Londoño

El voluntariado en el mundo laboral en Ecuador
Julio César Benítez R.

El empoderamiento: entre la participación en
el desarrollo y la economía social
Unai Villalba Egiluz

La flexibilidad laboral en Venezuela:
¿la antinomia entre desarrollo de los mercados
de trabajo o la acentuación de la precarización laboral?
María Candelaria Rodríguez Pérez

Entre compromisso e pragmatismo:
a gramática da ação de trabalhadores em
cooperativas de produção no sul do Brasil
Ricardo Mayer

La experiencia de mujeres asalariadas en Santiago de Chile: sentidos del trabajo e identidades de género

Lorena Godoy*

Antonio Stecher**

Resumen

El objetivo de este artículo es presentar una reflexión sobre los significados que otorgan al trabajo mujeres que se desempeñan como obreras en empresas del sector industrial, y empleadas no calificadas de empresas del sector servicio y comercio, en Santiago de Chile. Más específicamente, discute cómo en un contexto de cambios socioeconómicos y culturales, el trabajo productivo emerge o no como un referente identitario para estas trabajadoras, y el modo como tensiona y convive con referentes femeninos más tradicionales. Al tratarse de mujeres con una inserción laboral en condiciones de mayor precariedad e insertas en contextos culturales con una fuerte presencia de modelos de género tradicionales, se espera que la convivencia entre el trabajo productivo como referente identitario y otros soportes femeninos más tradicionales, enfrente particulares dificultades relacionadas con las condiciones materiales de sus empleos, así como con las condiciones subjetivas vinculadas a modelos familiares y de género. El artículo discute en primer lugar la doble adscripción identitaria como el particular modo en que las mujeres trabajadoras construyen hoy sus identidades personales y de género. En segundo lugar, revisa los rasgos que caracterizan la inserción laboral de estas trabajadoras, para luego discutir los

* Centro de Estudios de la Mujer.

** Facultad de Psicología, Universidad Diego Portales.

La correspondencia dirigirla a Lorena Godoy, lgodoy@cem.cl, lorenagocat@yahoo.es; y Antonio Stecher antonio.stecher@udp.cl.

significados que ellas otorgan al trabajo. El análisis permite concluir que la relación actual entre trabajo productivo e identidad de género de mujeres trabajadoras, constituye un proceso de apropiación de contenidos nuevos en una constante coexistencia con referentes más tradicionales; que el trabajo remunerado al mismo tiempo que refuerza modelos de género tradicionales, puede tensionarlos y cuestionarlos; y el modo como los soportes materiales condicionan (sin por ello determinar) las posibilidades de las personas de convertir ciertas experiencias en posibilidades de ampliación de sus repertorios de sentido.

Palabras clave: Trabajo remunerado, Identidades de género, Significados del trabajo, Obreras, Empleadas no calificadas.

Introducción

Durante gran parte del siglo XX, en el marco de un modelo de desarrollo de capitalismo industrial promovido por el Estado, el trabajo actuó como el “gran integrador” y organizador del orden social. Constituyó un eje en la configuración de identidades personales; un campo de diferenciación entre los sexos y de construcción de los géneros y un ámbito de articulación de vínculos sociales y adquisición de derechos ciudadanos (Bauman, 2003; Blanch, *et al.*, 2003; Castel, 1997; Hopenhayn, 2001; Todaro y Yáñez, 2004).

Las transformaciones en las formas de organización de la producción y en las relaciones laborales ocurridas en las últimas décadas, junto a importantes procesos de modernización y cambio cultural, estarían afectando de modos diversos estos sentidos que adquirió el trabajo remunerado en las sociedades industriales.

Estas transformaciones, han conducido a la instalación de un paradigma de producción “flexible”, caracterizado por una creciente heterogeneidad de las formas de empleo dependiente, una pérdida de estabilidad del empleo, un debilitamiento de la fuerza protectora y reguladora del sistema normativo, y una mayor volatilidad, incertidumbre y precariedad de los empleos (Yáñez, 2004).

En este contexto laboral, los sentidos asignados al trabajo en las sociedades industriales como referente identitario se han visto fuertemente tensionados. Se ha señalado que asistimos a su debilitamiento en tanto referente de sentido de las identidades personales: el trabajo no parece ofrecer “un huso seguro en torno al cual enrollar y fijar definiciones del yo, identidades y proyectos de vida” (Bauman, 2003), o la posibilidad de obtener “un sentido de identidad personal” (Sennett, 2000: 266). Como referente de las identidades de género, los cambios en el patrón de participación laboral que históricamente han mostrado las mujeres, fruto de una incorporación al mercado de trabajo más masiva y permanente (Abramo y Valenzuela, 2006; Todaro, Mauro y Yáñez, 2000), han generado tensiones en el modelo de familia de padre proveedor y madre cuidadora sobre el cual funcionaba la sociedad industrial. Y con ello, un cuestionamiento del carácter de referente eminentemente masculino que se le concedió al trabajo productivo (Guzmán, Mauro y Araujo, 1999; Sharim, 2005; Todaro y Yáñez, 2004). En tanto referente de identidades colectivas, se asistiría a una fragilización de las posibilidades que históricamente ofrecía el trabajo de construir vínculos que permitieran afiliar a los sujetos a estructuras dadoras de sentido (Castel, 1997).

En este marco, el Centro de Estudios de la Mujer y la Universidad Diego Portales realizaron un estudio que se propuso aportar a la comprensión de las actuales articulaciones entre trabajo e identidades. Asumiendo que si bien profundamente tensionado, el trabajo sigue siendo un “referente económico, psicológico y cultural” (Castel, 1997) relevante en las sociedades actuales¹, se realizó una investigación durante el año 2005 y 2006 con mujeres y hombres asalariados de distintos niveles ocupacionales residentes en la ciudad de Santiago de Chile, que tuvo por objeto analizar los significados que asignaban al trabajo en tanto soporte identitario y ámbito de articulación de vínculos sociales².

1 Como señala el propio Castel, el trabajo ha perdido consistencia, por el debilitamiento del sistema de mínimas garantías adscritas al empleo asalariado, pero no importancia.

2 Se trata del Proyecto FONDECYT No. 1050153, “El significado del trabajo en los procesos de constitución de identidades de hombres y mujeres en el Chile actual: bases para una teoría sobre nuevas formas de desigualdad social y de género”. La investigación fue realizada por un equipo formado por Ximena Díaz y Lorena Godoy, del Centro de Estudios de la Mujer; y Antonio Stecher y Juan Pablo Toro, de la Facultad de Ciencias Humanas y Educación de la Universidad

Dos fueron los ejes centrales de la perspectiva de análisis desarrollada. El tránsito desde un paradigma productivo taylorista-fordista a uno flexible; lo que supone nuevas formas de regulación política y social y una apelación a la flexibilidad como principal mecanismo de adaptación y maximización de la ganancia del capital en mercados globales cada vez más complejos, interconectados, volátiles, diferenciados y competitivos (Blanch, 2003 *et al.*; Harvey, 1998; Yáñez, 2004). Y la radicalización de la individualización, proceso mediante el cual las personas asumen la tarea de construir reflexivamente su propia identidad y se ven compelidas a elegir permanentemente sus cursos de acción en un entorno en que se han ampliado y diversificado los campos de experiencias y los mapas culturales que la sociedad ofrecía como modelos para la construcción de una identidad personal (Beck, 2001; Melucci, 2001; PNUD, 2002).

Estos ejes, referentes explicativos desde los cuales se buscó describir y comprender los significados del trabajo que emergen en los relatos de hombres y mujeres, expresan la particular perspectiva de la investigación, la que si bien sitúa la pregunta por los significados actuales del trabajo inicialmente en el estudio de los cambios en el paradigma productivo, reconoce que estos cambios son parte de un proceso mayor de reconfiguración societal.

De acuerdo con los objetivos de la investigación, se utilizó metodología cualitativa para la producción y análisis de la información, en tanto ella permite conocer la perspectiva de los propios sujetos, accediendo con mayor profundidad y desde sus propias significaciones, a las actuales articulaciones entre trabajo e identidad.

El objetivo de este artículo es presentar una reflexión sobre los significados del trabajo como soporte de las identidades personales y de género. Más específicamente, discutir cómo en un contexto de cambios socioeco-

nómicos y culturales, el trabajo productivo emerge o no como un referente identitario para mujeres trabajadoras, y el modo como ello tensiona y convive con referentes femeninos más tradicionales.

Esta discusión se centra en la experiencia de mujeres pertenecientes a dos de los cuatro grupos ocupacionales incluidos en el estudio: obreras que trabajaban en empresas del sector industrial, y empleadas no calificadas de empresas del sector servicio y comercio³. Ellas constituyen un grupo de mujeres de sectores populares, con bajos niveles educacionales, todas con responsabilidades familiares (hijos), con trayectorias laborales muy diversas -mayor estabilidad y continuidad en el caso de las obreras-, con años de permanencia en el empleo actual que van desde cinco a más de veinte años, y con empleos asalariados y de jornada completa caracterizados por bajos salarios, deterioro de las condiciones de trabajo, y heterogéneas situaciones contractuales.

Al tratarse de mujeres con una inserción laboral en condiciones de mayor precariedad, insertas en contextos culturales con una fuerte presencia de modelos de género tradicionales, y cuyos proyectos laborales en algunos casos representan un cambio respecto de modelos familiares más cercanos, es posible esperar que la convivencia entre el trabajo productivo como referente identitario y otros soportes femeninos más tradicionales, sea particularmente difícil. Dificultad que se refiere tanto a las condiciones materiales y objetivas (inserción laboral) como a las subjetivas (modelos familiares y de género), que en conjunto demandan de las mujeres particulares esfuerzos y tensiones para integrar ambas experiencias.

Analizar la experiencia de estas mujeres demuestra la relevancia de los soportes materiales en el modo como las personas convierten o no ciertas experiencias en referentes que amplían sus repertorios de sentido; así co-

Diego Portales. Anteriores publicaciones sobre el proyecto: Díaz, Godoy & Stecher (2005). *Sig-nificados del trabajo, identidad y ciudadanía. La experiencia de hombres y mujeres en un mercado laboral flexible*. Cuaderno de investigación No. 3 Centro de Estudios de la Mujer (Santiago de Chile: CEM); Díaz, Godoy, Stecher & Toro (coord.). (2006). *Trabajo, Identidad y Vínculo Social. Reflexiones y experiencias en el capitalismo flexible*. (Santiago: CEM, UDP); Godoy, Stecher & Díaz (2007). "Trabajo e identidades: continuidades y rupturas en un contexto de flexibilización laboral". En Rocio Guadarrama (comp.) *Los significados del trabajo femenino. Mujeres, trabajo e identidades en el mundo global* (España: UAM-Editorial ANTROPHOS).

3 La muestra total incluyó a trabajadores de más categorías ocupacionales. El proceso se orientó por los principios del muestreo teóricamente guiado. Las características de homogeneidad de la muestra fueron la condición de asalariados de los individuos y su asentamiento en la ciudad de Santiago. Se escogieron como categorías relevantes a ser variadas el género, el momento de ingreso al mercado laboral (antes de la década de 1970, entre la década de 1970 y mediados de 1980 y, desde la década de 1990) y la pertenencia a distintos grupos ocupacionales (profesionales con cargos ejecutivos; empleados intermedios; empleados no calificados; obreros. Se realizaron doce entrevistas individuales semiestructuradas y dos grupos de discusión, por cada grupo ocupacional.

mo la necesidad de entender las articulaciones entre trabajo e identidad como procesos de apropiación de contenidos nuevos en una constante coexistencia con referentes más tradicionales.

Sentidos del trabajo e identidades de género: la doble adscripción identitaria de las mujeres

Como lo han mostrado numerosos estudios, el aumento de las tasas de participación laboral de las mujeres, han propiciado un cuestionamiento del carácter de referente principalmente masculino otorgado al trabajo productivo, y una relativización del trabajo reproductivo como referente identitario femenino principal o exclusivo. El trabajo productivo adquiere una gran centralidad en las biografías de las mujeres y en muchos casos -dependiendo de las condiciones de esta inserción laboral- es experimentado como un ámbito a través del cual logran autonomía económica, reconocimiento social y mayores grados de libertad.

En el caso de las obreras y empleadas, todas perciben una creciente intensificación de las exigencias laborales y un deterioro de las condiciones en que trabajan. Pero junto con ello, la experiencia de trabajar les permite incrementar su capacidad de tomar decisiones, adquirir mayor control sobre sus vidas, desarrollar competencias y habilidades que inciden positivamente en su auto percepción, y como uno de los espacios de sociabilidad más relevantes.

Estas mayores posibilidades de individualización que les brindan sus trabajos, en el caso particular de las mujeres conviven con la importancia que la familia sigue teniendo como referente identitario para todas ellas. En este grupo de mujeres tienen gran fuerza modelos de género que asignan una gran centralidad al hecho de ser madres cuidadoras y dueñas de casa. Y ellos funcionan no sólo como una interpelación social, sino también como pautas interiorizadas frente a las cuales las mujeres dan sentido, orientan y evalúan sus propias acciones. Así, junto con las mayores posibilidades que brinda el trabajo de plantearse proyectos laborales y de vida más autónomos, e incluso de relativizar y flexibilizar roles de género, dichos modelos persisten. Y aunque la familia hombre proveedor-mujer

cuidadora, no necesariamente de cuenta de la realidad de las entrevistadas -muchas de las cuales son jefas de hogar-, funciona aún como un modelo a partir del cual el trabajo reproductivo constituye un referente identitario para muchas mujeres.

Esto configura el particular modo en que las mujeres trabajadoras construyen hoy sus identidades personales y de género, en las que el trabajo reproductivo y crecientemente el trabajo productivo confluyen como ejes fundamentales e indisolublemente entrecruzados. Se trata, como lo explican Guadarrama y Torres (2004), de una “doble adscripción identitaria”, expresión que da cuenta del modo como la presencia simultánea, paralela y entreverada de ellas en ambos espacios vitales, constituye una cuestión clave en la conformación de sus identidades.

Es desde esta particular configuración de las identidades personales y de género, que las trabajadoras significan sus experiencias laborales en una articulación permanente con sus responsabilidades como madres y dueñas de casa. Por eso, la doble adscripción identitaria debe ser considerada como un elemento clave al momento de describir y comprender los sentidos que ellas asignan a dichas experiencias.

Si bien este fenómeno está presente en las mujeres de todos los grupos ocupacionales incluidos en la muestra del estudio, lo que interesa analizar aquí es la forma en que se manifiesta en un grupo de obreras y empleadas no calificadas, entre quienes -como se indicó anteriormente- se espera que por condiciones materiales y subjetivas, dicha adscripción identitaria presente particulares características y dificultades. Para ello se presentan en primer lugar algunos de los rasgos principales que caracterizan las condiciones de trabajo de este grupo de mujeres, para discutir a continuación los significados que emergen de los relatos de las entrevistadas que dan cuenta de esta doble adscripción identitaria.

Rasgos que caracterizan la inserción laboral de obreras y empleadas no calificadas

El trabajo como exigencia, desgaste y explotación

Las mujeres entrevistadas experimentan el empleo actual como un ámbito que exige constante y crecientemente, que desgasta y que invade la vida familiar y personal, dando cuenta de esta forma de procesos de creciente intensificación del trabajo.

Muchas empleadas del sector servicio y en especial, del comercio, perciben el trabajo como una fuente permanente de exigencias agotadoras que no pueden controlar ni gestionar adecuadamente. Los cambiantes horarios de ingreso y salida, las largas distancias entre el hogar y el trabajo, las extensas jornadas; el manejo de información que requiere la venta de productos diversos, la competencia con colegas por cerrar una venta y obtener la comisión respectiva, el trabajo los fines de semana y feriados, la internalización del control, son algunas de las situaciones que alimentan este sentido del trabajo.

Las obreras se refieren a la extensión de las jornadas, la exigencia de polivalencia, la imposición de altas metas de producción, el desarrollo de nuevas competencias cognitivas asociadas a la automatización y uso de computadores en la producción, y procesos de vigilancia permanente, así como lógicas de auto monitoreo y autorregulación.

En ambos casos, el paradigma productivo flexible y la intensificación física y mental del trabajo que supone -que conduce a una experiencia del trabajo como un campo de agotadoras imposiciones y de demanda constante- debilita las dimensiones de expresividad y autorrealización que puede brindar.

Lo que interesa remarcar es el modo cómo estas condiciones repercuten directamente en la vida familiar de las trabajadoras, la que se ve sometida a las condiciones y demandas crecientes del trabajo. Una vendedora (33 años) se ve en la necesidad de aceptar largas jornadas diarias y trabajar los días libres, fines de semana y horas extras porque su sueldo proviene de la venta: “yo trabajo a pura comisión, si no vendo no gano, por eso mi día libre lo prefiero trabajar (...) no he visto a mis hijos hace mucho

tiempo, estar todo el fin de semana con ellos. No lo hago nunca porque me va bien trabajando sábado y domingo”.

Estos procesos de intensificación del trabajo alimentan sentimientos de malestar, frustración y culpa en las mujeres, por los efectos negativos sobre los hijos y la vida familiar, y vuelven aún más demandante y agotadora la “doble jornada” que siguen desarrollando. Las entrevistadas dan cuenta cómo sus vidas están marcadas por la exigencia de responder día a día a la intensificación de los requerimientos de empleos que ignoran por completo las necesidades familiares de los trabajadores, lo que además de deteriorar la cantidad y calidad de los tiempos destinados a la familia, disminuye drásticamente las posibilidades de participar en otros espacios y actividades distintos al trabajo y a la familia.

La doble adscripción identitaria en estas trabajadoras debe considerar, entonces, las condiciones laborales que invaden permanentemente las dinámicas familiares y operan como restricciones objetivas a los intentos por articular y responder armónicamente a sus responsabilidades como trabajadoras y jefas de hogar. Esta situación es vivida con dolor e impotencia pues las mujeres saben que sus bajos niveles de formación, y en ocasiones sus situaciones contractuales, no les permiten negociar mejores condiciones laborales. En este punto se destaca la frecuencia con que las distintas entrevistadas relatan situaciones en sus espacios laborales de falta de reconocimiento, vulneración de derechos y amenaza hacia los trabajadores, en especial entre los de menor calificación, dinámica laboral que genera mucho temor y desconfianza entre ellos.

El trabajo como proyecto supeditado al momento del ciclo familiar

La inserción laboral de estas trabajadoras, en comparación con lo que sucede con las de otros grupos ocupacionales, aparece mucho más subordinada al momento del ciclo familiar. Varias empleadas no calificadas han debido salir del mercado para asumir el cuidado de sus hijos recién nacidos. Por supuesto que esta supeditación de proyectos laborales, no debe entenderse sólo como una expresión de la centralidad de la maternidad en sus identidades personales. Este retiro obedece también a la presión de sus

parejas, y a la falta de alternativas de cuidado infantil en un contexto en que la institucionalidad laboral vigente no considera la situación de los trabajadores con responsabilidades familiares. Una de las entrevistadas (vendedora multitienda, 33 años) relata cómo al inicio de su trayectoria laboral perdió una importante oportunidad de ingresar a una institución estatal, precisamente por esta falta de apoyo de su pareja y la ausencia de alternativas de cuidado infantil.

Y es que como lo indican Todaro y Yáñez, hoy en día las mujeres al entrar al sistema laboral deben enfrentar “una estructura orientada a normalidades masculinas que dificultan compatibilizar el trabajo remunerado con el de cuidado, vida personal y comunitaria, mientras los hombres a su vez están sumergidos en un rígido sistema de regulaciones laborales que les impide vivir una vida integrada no reducida a lo laboral, y participar en condiciones equitativas en el trabajo reproductivo” (2004: 54). Y esto afecta de manera especial a aquellas trabajadoras cuyos empleos se caracterizan por las bajas remuneraciones, la inestabilidad, y jornadas laborales difícilmente compatibles con la vida familiar (sistema de turnos, largas jornadas, cambios de horarios de acuerdo a fluctuaciones de la demanda).

La experiencia de resistencia y rechazo al trabajo de las mujeres

Al hablar de sus historias laborales, las mujeres expresan cómo muchas veces se han debido enfrentar de manera directa a las resistencias de los hombres, y también de otras mujeres, a su ingreso al mercado laboral. Varias señalan la persistencia en sus medios familiares y laborales de una visión del trabajo femenino como menos importante, “secundario” o “complementario” al salario principal del jefe de hogar; y algunas han debido enfrentar el rechazo abierto de sus parejas (o ex parejas) a su ingreso al mercado laboral por el temor que les produciría la mayor libertad que adquieren, la relación cotidiana con un número más amplio y diverso de personas, y las posibilidades de infidelidad que ven en ello. Así, ellas han debido conciliar las necesidades de subsistencia familiar y los mayores grados de autonomía que les brindan sus trabajos, con las críticas que reci-

ben muchas veces de parejas, padres e incluso hijos, con quienes deben negociar constantemente.

Una entrevistada señala que al quedar embarazada de su primer hijo su marido le exigió dejar de trabajar: “de aquí no mueves ni un paso más afuera”, le dijo él. Y aunque ella “estaba acostumbrada” a su “plata”, a hacer “lo que yo quería”, lo aceptó porque pensó que la situación iba a cambiar. Sin embargo, después de vivir unos años con él, la situación no cambió y ella se vio “obligada” a separarse (aseadora empresa de limpieza, 55 años).

Este contexto de recriminación y resistencia a su inserción laboral marca fuertemente la experiencia de muchas mujeres que deben intentar articular estas interpelaciones que se les plantean desde modelos más tradicionales de género, con sus concretas experiencias de trabajo que son fundamentales en términos de subsistencia, y valiosas y gratificantes en términos de su autorrealización.

Significados otorgados al trabajo

La preeminencia del bienestar familiar

Respecto de los significados que las mujeres otorgan a sus experiencias laborales, un primer aspecto a destacar se refiere a la preeminencia que todas asignan al bienestar familiar y especialmente de los hijos, en el sentido otorgado al trabajo. El trabajar se describe, en primer lugar, como una actividad que está al servicio de la subsistencia, el bienestar y desarrollo de la familia, una acción que tiene sentido en tanto hace posible la realización de un proyecto familiar. En un grupo de discusión, las mujeres expresaban que trabajaban “para mantener a la familia”. Y en la entrevista a una operaria de una industria de alimentos (32 años), ella señalaba “trabajo por necesidad, porque uno tiene que tener plata para vivir (...) para mis hijas y para mí”.

Para este grupo de mujeres la idea del bienestar familiar supone, centralmente, brindarles a sus hijos mejores oportunidades de educación. Ellas son conscientes que sus propios niveles educacionales les imponen

serias limitaciones a las posibilidades de mejoras laborales y movilidad social, algo que no quisieran se repita en sus hijos. Una vendedora de una multitienda (45 años) dice que sin trabajar “no habría tenido cómo educar a mis hijos. A mis hijos, gracias a dios, nunca les faltó nada para sus estudios, no me las doy de rica, pero les tengo su computador”.

La centralidad de la familia en los sentidos asignados al trabajo, es sintetizada en la idea señalada por muchas mujeres de que el trabajar es una expresión de su amor maternal y que hacerlo les permite ser mejores madres. “Sé que soy buena madre pero sin mi trabajo no puedo lograr ser mejor madre porque para poder darle lo que más pueda a mi hija, en lo económico, influye el trabajo (...) son las dos cosas unidas” (operaria, industria de alimentos, 45 años). O como señala otra entrevistada: “Trabajar es lo más importante para mí, estar pendiente de mis hijos” (aseadora empresa de limpieza, 55 años).

Esta forma de significar el trabajo -una suerte de “prueba de amor maternal” como lo han señalado anteriores estudios (Sharim y Silva, 1998) explica el hecho que la autonomía económica que permite el trabajo sea relacionada por las entrevistadas de manera relevante con la idea de tener los recursos materiales para mantenerse a sí misma y a sus hijos, y en aquellos casos en que las trabajadoras son jefas de hogar⁴, sin necesidad de depender de nadie. Pareciera valorarse la independencia que brinda el trabajo asalariado más en términos del bienestar del grupo familiar que de un proyecto exclusivamente de autorrealización personal, de incremento de la capacidad adquisitiva o del estatus social en términos individuales.

El trabajo como lucha, sacrificio y superación

Ligado al punto anterior, el trabajo es caracterizado como experiencia de esfuerzo y sacrificio en pos de salir adelante, lo que se cristaliza en la imagen de la ‘mujer luchadora’ que ha sido capaz, desde muy joven, de trabajar sobreponiéndose a la adversidad, sacando adelante a su familia con

4 Es lo que sucede en el grupo de obreras, en el cual la mayoría de las entrevistadas eran jefas de hogar, ya sea por separaciones o porque decidieron tener hijos sin casarse.

empuje y decisión. Ser una “mujer trabajadora, fuerte”, “que se ha sacado la mugre”, “que tienen que salir adelante”, son algunas de las muchas expresiones con que las mujeres manifiestan esta idea.

Muchas señalan este rasgo como un elemento distintivo y singular de las mujeres en relación a los hombres, los que consideran más cómodos, menos humildes y menos sacrificados por sus familias. Ellas encuentran en ese tesón y capacidad de lucha, que señalan haber aprendido de sus madres, un motivo de profundo orgullo y satisfacción.

Así, en esta imagen de mujer luchadora se inscriben y articulan, en una narrativa común, tanto el trabajo asalariado como el trabajo doméstico, los que más allá de sus diferencias, parecen ser la expresión concreta de esa lucha por salir adelante y sostener a sus familias, y que constituye un referente central de sus identidades de género.

El trabajo como fuente de culpa y malestares subjetivos

Los modelos de género más tradicionales presentes en el entorno de estas trabajadoras no deben entenderse sólo como presiones externas, sino también como referentes internalizados desde los cuales ellas se evalúan a sí mismas.

Algunas trabajadoras comparten una idea de los efectos negativos que tendría el trabajo remunerado de las mujeres en los hijos, en la relación de pareja y en la familia en un sentido más general. Se debilita el “lazo familiar”, indican algunas, e incluso entre las obreras se mencionan los conflictos de pareja que se producirían cuando la mujer es proveedora principal: a veces las mujeres “se ponen despotas”. Es decir, la inserción laboral de las mujeres es percibida en algún sentido, y con particular fuerza en las mujeres mayores, como una alteración de un orden familiar y social en el que la provisión familiar sigue asociándose predominantemente con los hombres.

La presencia de estos mandatos de género genera muchas veces sufrimientos y, especialmente en relación con los hijos, sentimientos de culpa por sentir que los “abandonan” por las exigencias del trabajo. Algunas expresan una sensación de fracaso por lo que sienten como un mediocre de-

sempañó como madres. Una vendedora (45 años) cuenta con pesar “el no poder estar en la casa y atender a mis hijas como debiera (...) que trabajen las mujeres puede tener consecuencias negativas (...) de alguna forma mis hijos me lo han reprochado de repente, y eso va creando un cierto distanciamiento”.

Así, la doble inscripción, en términos tanto de prácticas cotidianas como de narrativas identitarias, genera importantes malestares subjetivos que tienen, hasta cierto punto, su experiencia como trabajadoras y su relación al trabajo. Una de las maneras en que las mujeres parecen lidiar con estos malestares es apelando a la imagen de la mujer luchadora cuyo trabajo, como se ha señalado, no es una negación sino una afirmación y manifestación de su amor maternal.

El trabajo como posibilidad de autonomía, realización y reconocimiento

A pesar del sentido de exigencia y explotación que adquiere el trabajo, y junto a la persistencia de modelos de género más tradicionales que tensionan la experiencia laboral, todas las entrevistadas asignan una profunda valoración del trabajo en tanto espacio de sociabilidad, aprendizaje y crecimiento personal, desarrollo de un sentido de competencia y dignidad, y fundamentalmente, soporte de procesos de individualización y ampliación de autonomía.

Para todas las trabajadoras la obtención de un ingreso económico ha sido central en la ampliación de su independencia, incrementando su capacidad de tomar decisiones y realizar proyectos de vida más autónomos. Y es precisamente por ello que, aun cuando no sea algo planeado, el trabajo se transforma en una experiencia que cuestiona y problematiza roles y modelos de género, impactando sus relaciones familiares, transformando incluso jerarquías familiares centradas en el padre de familia.

En muchos sentidos el trabajo empodera a las mujeres al brindarles un sentimiento de validación y valoración subjetiva que les permite sentirse constructoras de sus propios proyectos de vida, independientemente de las dificultades, las rupturas de relaciones de parejas, e inclusive de la plena conciencia que tienen de las malas condiciones laborales que deben enfrentar cotidianamente.

“Así que yo dije, si tengo un marido que trabaja y no me da nada, si yo trabajo tengo mis cosas. Y por eso le digo yo que el trabajo me abrió los ojos, porque me di cuenta que no es necesario estar casada para tener cosas. Uno también sola lo puede hacer. (...) uno se empieza a valorar como mujer. Antes no, antes pensaba que si no estaba con pareja no iba a salir adelante. Y después ya me puse a pensar diferente” (Operaria industria alimentos, 42 años).

Son estas posibilidades de ampliar los repertorios identitarios femeninos que ofrece el trabajo, lo que explica que, a pesar de las enormes dificultades que deben sortear en términos objetivos y subjetivos, la mayoría no esté dispuesta a renunciar a él. Muy por el contrario, se proyectan en sus empleos o en el mercado laboral en un sentido más general: “yo no podría estar en la casa sin trabajar (...) no me imagino no estar trabajando”, dice una vendedora (26 años).

Así, puestas en la situación hipotética de contar con los recursos necesarios para mantenerse, la mayoría afirma que no dejaría de trabajar. Y es que si bien, la mayor parte de las entrevistadas ingresó al mercado laboral por razones de subsistencia (para ayudar a la mantención de sus padres o de sus propias familias), y muchas indiquen que hacerlo es una expresión de su preocupación por los hijos, el trabajo tiene también otros sentidos más expresivos que remiten a oportunidades de autorrealización, reconocimiento social y autonomía, que constituyen elementos centrales de sus identidades personales y de género.

Es importante indicar que las entrevistadas relacionan estos sentidos más expresivos que adquiere el trabajo, con la presencia de un contexto cultural que valora la libertad de las mujeres y su inserción laboral. Esto evidencia la importancia de atender al momento histórico en el cual se sitúan los procesos de articulación trabajo e identidad. Las transformaciones socioculturales que han dado paso al cuestionamiento de procesos de discriminación de género y a la promoción de la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, son elementos que ayudan a comprender los sentimientos de validación y valoración subjetiva que el trabajo ofrece a las mujeres en la actualidad, y a entender las diferencias generacionales que se advierten en la forma como las entrevistadas significan sus expe-

riencias laborales. Por ejemplo, entre las jóvenes, desde el inicio de sus trayectorias existe una percepción del trabajo como medio de subsistencia y ámbito de autorrealización y adquisición de independencia personal, cuestión que entre las trabajadoras de generaciones mayores parece ser un proceso más paulatino que se da una vez que están dentro del mercado. Ciertamente que la presencia de esos discursos y políticas no eran parte del contexto de aquellas mujeres que ingresaron al mercado laboral en la década de 1970. Tal vez eso explique la fuerza con que estas mujeres mayores connotan el trabajo como una cuestión de subsistencia y expresión de sus responsabilidades maternas, en la medida que ello puede ser una forma de ‘justificar’ su trabajo en tanto ‘salida del hogar’, dotándolo de sentido a partir de sus roles de género de madre y dueñas de casa.

Son esos sentimientos de validación que puede ofrecer el trabajo a las mujeres en la actualidad los que explican, que a pesar de las tensiones que supone la doble adscripción identitaria, y de las múltiples exigencias de la doble jornada laboral, entre las trabajadoras entrevistadas no aparezca el anhelo por volver a ordenamientos de género tradicionales, sino más bien la aspiración de mantener la inserción laboral y la relativa autonomía alcanzada, pero en condiciones de trabajo que consideren las responsabilidades familiares de las trabajadoras.

Consideraciones finales

Como se desprende del análisis presentado, la relación actual entre trabajo productivo e identidad de género de mujeres trabajadoras, constituye un proceso de apropiación de contenidos nuevos en una constante coexistencia con referentes más tradicionales, fenómeno al que alude la idea de doble adscripción identitaria. Ella expresa el carácter dinámico de los procesos identitarios que implican el desafío permanente que las personas realizan por mantener un sentido de coherencia, incorporando elementos nuevos que les permitan apropiarse y enfrentar los cambios culturales a los que asisten.

Coherente con ello, es posible sostener que el trabajo remunerado al mismo tiempo que refuerza modelos de género tradicionales, puede ten-

sionarlos y cuestionarlos. Y es que junto con la gravitación que siguen teniendo dichos modelos en la forma como obreras y empleadas significan sus experiencias de trabajo -les permite sentirse mejores madres, se vive el trabajar como expresión de amor maternal-, la autonomía económica que hace posible, la mayor libertad, seguridad y control sobre sus vidas, favorece la relativización y flexibilización de roles de género tradicionales.

Por otra parte, considerar el origen socioeconómico y la posición que ocupa en el mercado este grupo de mujeres, demuestra la estrecha relación existente entre los sentidos que ellas atribuyen al trabajo (y los problemas y malestares que enfrentan), con su acceso limitado a los recursos económicos, formativos y sociales. Es decir, los soportes materiales condicionan (sin por ello determinar) el modo como las personas convierten o no ciertas experiencias en referentes que amplían sus repertorios de sentido.

Relacionado con ello, la centralidad que adquiere el trabajo en las biografías de obreras y empleadas como ámbito a través del cual logran autonomía y libertad, no debe conducir a lecturas ingenuas que obscurezcan las condiciones laborales que, de manera especial, trabajadores de bajos niveles educacionales deben enfrentar en un mercado laboral que demanda cada vez más una dedicación intensiva, exclusiva y subjetiva de la fuerza de trabajo (Yáñez, 2004). El desafío de los estudios sobre trabajo e identidad es precisamente comprender ambos procesos, cómo el trabajo es (y ha sido), al mismo tiempo, un soporte identitario y un ámbito de explotación que invade la vida.

Bibliografía

- Abramo, Laís y María Elena Valenzuela (2006). “Inserción laboral y brechas de equidad de género en América Latina”; en Laís Abramo, ed.; *Trabajo decente y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: OIT.
- Bauman, Zygmunt (2003). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- Blanch, Josep Maria (coord.), María Jesús Espuny, Carolina Gala y Antonio Martín (2003). *Teoría de las relaciones laborales. Desafíos*. Barcelona: Editorial UOC.

- Beck, Ulrich (2001). "Vivir nuestra propia vida en un mundo desbocado: individuación, globalización y política"; en Giddens, Anthony y Hill Hutton. *En el límite. La vida en el capitalismo global*. Barcelona: Tusquets.
- Castel, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós
- Guzmán, Virginia, Amalia Mauro y Kathya Araujo (1999). *Trayectorias laborales de mujeres. Cambios generacionales en el mercado de trabajo*. Santiago: Centro de Estudios de la Mujer.
- Harvey, David (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortou Editores.
- Hopenhayn, Martín (2001). *Repensar el trabajo. Historias, profusión y perspectivas de un concepto*. Buenos Aires: Editorial Norma.
- Melucci, Alberto (2001). *Vivencia y convivencia*. Madrid: Trotta.
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD] (2002). *Informe de Desarrollo Humano en Chile. Nosotros los chilenos, un desafío cultural*. Santiago: PNUD.
- Sharim, Dariela (2005). "La Identidad de Género en Tiempos de Cambio: Una Aproximación Desde los Relatos de Vida". *PSYKHE* 14 (2), p. 19-32.
- Sharim, Dariela y Uca Silva (1998). "Familia y reparto de responsabilidades". Documento de Trabajo N° 58, Santiago de Chile, Servicio nacional de la Mujer [SERNAM], mayo.
- Sennett, Richard (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Todaro, Rosalba, Amalia Mauro y Sonia Yáñez (2000). "Chile: la calidad del empleo. Un análisis de género"; en María Elena Valenzuela y G. Reinecke, eds.; *¿Más y mejores empleos para las mujeres? La experiencia de los países en el Mercosur y en Chile*. Santiago de Chile: OIT.
- Todaro, Rosalba y Sonia Yáñez eds. (2004). *El trabajo se transforma. Relaciones de producción y relaciones de género*. Santiago de Chile: CEM Ediciones.
- Yáñez, Sonia (2004). "La flexibilidad laboral como nuevo eje de la producción y la reproducción"; en Todaro, Rosalba y Sonia Yáñez eds. *El trabajo se transforma. Relaciones de producción y relaciones de género*. Santiago de Chile: CEM Ediciones.